

en su segunda novela tienen alma de niños, imaginación de adolescentes y vocación de Robinsones. Se alejan, quieren alejarse del mundo mezquino en que viven, y el cual, a cada uno por distintos motivos, no satisface. Su creador los empuja al bosque cercano a la ciudad, a una casa-nido construida entre dos árboles, y desde lo alto, sentados en la noche, sueñan los cinco un largo momento de seguridad y alegría.

La ternura y la riqueza de matices de Truman Capote se vierte, se canaliza, con predilección, en Dolly Talbo, la anciana niña, loca según su áspera hermana, que busca plantas medicinales en el bosque mientras escucha la voz de la Tierra: "¿No la oyes? Es el arpa de hierba, que está siempre contando un cuento (conoce todas las historias de la gente que duerme en la colina) de toda la gente que ha vivido, y cuando nosotros estemos muertos, contará también nuestra historia."

Collin, el niño, escucha. La vieja negra, Catherine Creek, refunfuña y saca de su bolsa pasteles y una botella de zumos. Luego llegan Riley Henderson, el joven que caza en el bosque, y el solitario juez. Los cinco, sentados en la casa-nido, entre los dos árboles, mientras el *sheriff*, el pastor y las honorables damas de la ciudad, los buscan. El juez ha colgado de una rama del árbol su reloj de oro, y el murmurar del tiempo, al pasar, los acompaña. El viejo juez dice: "Yo era un hombre convencido de que mi vida había pasado incomunicada, sin dejar huella. Veo ahora que no he sido tan desgraciado. Miss Dolly, ¿cuánto tiempo? ¿Cincuenta? ¿Sesenta años? La recuerdo desde hace mucho tiempo. Una niña tiesa y ruborosa, cabalgando con su padre a la ciudad... Tantos años viéndola y nunca antes la había reconocido como lo hice hoy, como lo que es: un espíritu..."

Lewis Gannett escribió en el *New York Herald Tribune*: "Como William Faulkner, Truman Capote tiene el don de pintar el mundo en palabras." El mundo a que nos llevan las palabras de Truman Capote es un mundo de convincentes realidades, inmerso, rodeado de una niebla de recién creada, amanecida poesía

IGNACIO ALDECOA.

ANTOLOGIA DE LA POESIA CHILENA

Este nuevo volumen de la colección de Antologías que nos viene ofreciendo el Instituto de Cultura Hispánica se abre con una interesante introducción de Renato de Mendonça, a quien se debe igualmente la selección de autores y poemas. Las versiones castellanas—lástima que la Antología no sea bilingüe—son de Rafael Morales y Santos Torroella.

La poesía brasileña se destaca, entre la de los otros países de la América española, con caracteres propios, discernibles apenas nos llegamos un poco a ella. Y esto tanto en ese primer período en que se cumple la trayectoria románticismo-parnasianismo-simbolismo, como a través de los años que seguirán, pasando por la etapa modernista, hasta estos de ahora, con la más joven poesía brasileña. Son distintos factores los que pesan en calidad de ingredientes sazonadores, que no harán sino animar en un sentido o en otro la genuina

fisonomía poética de este país. Así gravó en ella ese sentimiento de nostálgica melancolía tan típicamente portuguesa: la saudade, que en tierras de Brasil puede encontrar un sentido más arraigado, viejo, cada vez más olvidado al paso de las generaciones, pero entrañablemente adherido. Unese a esto esa callada melancolía que es rasgo del indio, y que por su parte vendrá a poner su grano de arena en este aspecto "saudoso" de raigambre atávica dentro de la poesía brasileña. Visto esto, cabría preguntarse: ¿y ese clima de alegría, de cálido optimismo, de plenitud de color que entendemos ser el Brasil? Indudablemente Brasil es eso también, como se traslucirá en su manifestación poética: la sensualidad, que alterna con aquel otro lado de la medalla que acabamos de examinar. Una sensualidad que no es sino paisaje reflejado en la medida del hombre.

Hemos de contar aún con otro rasgo decisivo: el indianismo. Uno de los más grandes poetas de esta literatura, Manuel Bandeira, fielmente representado en esta Antología, es autor de una *Antología de poetas de fase romántica*, en la que escribe sobre este factor que es el indio: "El indianismo, lejos de ser la planta exótica mal trasplantada por los románticos, tenía raíces profundas en nuestra literatura popular. La idealización del indio correspondía perfectamente al sentido nacional: es ésta anterior al romanticismo y no desaparece con él." De aquí que resulte innecesario, como observa muy acertadamente el señor Mendoga, la explicación del indianismo romántico de la literatura brasileña, como debido a influencia de Chateaubriand y Fenimore Cooper.

Poseía, pues, el Brasil cuantos elementos podían contribuir a la plasmación del momento romántico. A ofrecernos una muestra de él, así como de las derivaciones brasileñas del parnasianismo y del simbolismo francés, está dedicada la primera parte de la presente Antología. La inicia la romántica figura de Gonçalves Dias, el autor de *I-Juca-Pirama* y de las *Timbiras*, las epopeyas románticas más famosas de la literatura brasileña, en su aspecto indianista. Porque el indianismo es el rasgo capital de este poeta, que, junto a exquisiteces de un blanco y melancólico lirismo de salón, canta la exótica exuberancia del paisaje de su país o recuerda nostálgico las palmeras con aves que gorjean de modo tan distinto, como en la aquí incluida *Canción del exilio*.

Pertenecientes a la segunda generación romántica, más atormentada por cuestiones trascendentales y filosóficas, Alvarez de Azevedo y Junqueira Freire—muertos los dos en plena juventud—significan exactamente la obsesión de la muerte, la inquietud religiosa, la preocupación por el más allá. Fagundes Varela, con su poema *Cántico do Calvario*, completa, juntamente con algunos más, el cuadro que de la poesía romántica nos ofrece la Antología.

Sigue al período romántico una época de claro influjo francés en sus dos aspectos consecutivos de parnasianismo y simbolismo. El primero de ellos se impondrá a la poesía romántica con carácter de reacción: Alberto Oliveira, Correia y, mejor que todos, Olavo Bilac, que supo conservar, aun dentro de unas líneas absolutamente de importancia, sus rasgos aborígenes. Pero ni en la belleza estática y petrificada del parnasianismo ni en la alucinada melancolía del simbolismo, con Cruz e Souza a la cabeza, podía realizarse cuanto el alma brasileña lleva en sí.

Es la generación de 1922 la que prorrumpo en un impetuoso grito de renovación: "Vamos a encontrar el Brasil", que abrirá paso al modernismo y, más tarde, a las corrientes de la poesía brasileña actual. Con Manuel Bandeira se abre la segunda parte de la Antología, en la que se ha reunido un grupo

de poetas entre los que figuran nombres tan significativos como los de Jorge de Lima, Murillo Mendes, Carlos Drummond de Andrade, la deliciosa Cecilia Meireles, Augusto Frederico Schmidt, Vicinius de Moraes... No hemos de ocultar cuánto más ha de interesarnos esta segunda parte, no sólo por su mayor proximidad a nosotros, sino por estimar superiores los poetas aquí reunidos a los que desfilaron ante nosotros en el primer período de poesía que recoge esta Antología.

Manuel Bandeira, después de una primera experiencia simbolista, se coloca a la cabeza del grupo reaccionario: no más lo importado, lo absolutamente extraño a la esencia misma del Brasil. El será el camino inmediato de una poesía nueva, de perfiles propios, que da pie a la que había de seguir; de ahí que su poesía tenga una extraordinaria importancia climática, aparte, claro está, su íntimo valor. Porque la poesía de Bandeira se nos presenta, además, con una riqueza de inspiración que va no sólo más allá del simbolismo, por el que pasó casi sin detenerse, sino del modernismo, del que Bandeira fue uno de los iniciadores, sobreponiéndose a cualquier limitación impuesta por modos o modas.

La experiencia del modernismo tiene su representante máximo en Mario de Andrade, introductor del verso libre en Brasil. Luego de ciertos tanteos en busca de formas nuevas y de una expresión puramente nacional, brasileña, se define con una obra poética de serena madurez, aligerada de lo que pudiera ser el lastre modernista: una poesía sencilla, sosegada. Los dos *Poemas de la negra* emanan este sosiego, en medio de una lenta y suave penumbra, poemas casi entre sueños:

*¡Eres tan suave!
Tus labios suaves
yerran por mi rostro.
cierran mi mirar.*

Anochecer.

*En la suave oscuridad
que se desprende de ti,
que se disuelve en mí.*

¡Qué sueño...!

*Yo me imaginaba
que eran duros tus labios.
pero tú me enseñas
el retorno al bien*

De Jorge de Lima se han incluido en esta Antología poesías, todas ellas pertenecientes a la segunda fase poética del autor. Creo que esto obedece a un criterio acertadísimo, pues conocida es aquella primera manera suya de un violento tipismo brasileño, que motivó composiciones tan difundidas como *Esa negra Fulô* y *Madorna de laiá*, entre otras. Había de resaltar, pues, de mayor eficacia para el conocimiento de la obra de este poeta, presentarnos algunos ejemplos de esa segunda fase, cuya consigna es "la restauración de la poesía en Cristo". Bajo este lema publica en 1934, junto con Murilo Mendes, *Templo e Eternidade*. El poeta se hace hermano del hombre, hermano en el Señor, y fraternalmente le dará lo que tiene:

*Escuchad, hermanos míos:
Saqué de todo poesía
para ofrecérsela al Señor.
No saqué oro de la tierra
ni sangre de mis hermanos.
... ..
Para daros no tengo más que poesía.
Sentaos, hermanos míos.*

(Reparto de la Poesía)

Sin embargo, a pesar de este empeño de poesía dentro de una tónica espiritualista, de clara religiosidad, Jorge de Lima no puede—o tal vez no quiere—esquivar la llamarada de color, de calor material que irrumpe en medio de ese balance de vida que hace, y en el mismo poema exclama:

*Capitán mayor, ¿dónde está el Congo?
¿Dónde está la isla de San Barandán?
¡Qué noche tan oscura, capitán mayor!*

A este mismo sentido profundamente religioso, responden todos los poemas incluidos en las páginas dedicadas a Jorge de Lima. Todos menos uno: el titulado *Aline*, de tono absolutamente distinto. Con una gracia fresca y jugosa se nos va presentando, como en una sesión de cine mudo, los distintos planos—en el espacio y en el tiempo—de un retrato—el de *Aline*—, con calidades de daguerrotipo.

Para Manuel Bandeira, Murilo Mendes es "acaso el más completo, el más extraño y seguramente el más fecundo de esta generación". Ya nos referimos a él al hablar de Jorge de Lima. Efectivamente, también Murilo Mendes pasa por un cambio en la línea de su poesía: una vuelta al catolicismo, que se reflejará en todos sus libros a partir de *Tempo e Eternidade* (1934). Ejemplos de los más significativos de ellos encontramos en la selección que el señor Mendoga ha hecho entre la obra de este poeta, uno de los maestros de la actual poesía brasileña. Sin embargo, su poesía habría de ser superada por la de una figura de extraordinaria fuerza agreste, profundamente humana y enraizada en la más pura elementalidad de la tierra: Carlos Drummond de Andrade. Coetáneo de Murilo Mendes, participó también en el movimiento modernista, aunque mostrando siempre una fuerte personalidad, constantemente preocupado por lo social. Su obra, repartida en diversos volúmenes, *Alguna poesía*, *Brejo das almas*, *José*, etc., ha sido recogida últimamente en *Poesía até agora*, en que figura además un capítulo final de *Novos Poemas*. La humanidad de Drummond de Andrade trasciende lo individual que pueda surgir de su más llagada entraña de poeta para verterse en lo social, en el terreno de los otros, de los demás, de todos. Vemos en él al hombre que habla del Hombre con voz que nos suena como allegada. El funde su personalidad, su yo concluso en el Hombre concluso también, como él, absolutamente como él en todo:

*... Primero la muerte particular,
restringida, silenciosa, del individuo.
Muerdo secretamente y sin dolor,
para vivir tan sólo como pedazo de veinte,
y me incorporo todos los pedazos
de los que igualmente, callados, irán pereciendo...*

El será ese pedazo de todo llamado a cantar, a decir. El dirá de toda esa

vida que por minutos se realiza vertiéndose hacia la muerte. Con su peculiaridad mecánica de este ahora que vivimos:

*... tomo el coche. Indico el lugar
donde algo espera. El campo. Reflectores.
Paso por entre mármoles, vidrio, acero cromado.
Subo una escalera. Me inclino. Penetro
en el interior de la muerte.*

La muerte aséptica, previamente medida, calculada, esperando en un lugar concreto y estrecho. La muerte es ahora aproximación mecánica a un lugar, a un instante. Vivimos minuto a minuto. Final hacia el que se avanza con una serenidad que nos viene holgada a nuestra talla humana; avanzar tan seguro, tan conforme, que nos permite un lento parpadeo entre blandas minucias:

*... Me lavo nuevamente.
Que los cabellos se muestren ordenados,
y las uñas no recuerden al rebelde muchacho antiguo.
La ropa sin polvo. La maleta sintética.
Cierro mi cuarto. Cierro mi vida.
El ascensor me encierra. Estoy sereno.*

Cada punto, cada palabra tiene su peso justo, la intensidad precisa. *Morte no avião* es un poema impresionante, y no sin pena lo abandonamos: hubiéramos querido discurrir por él sin prisas, de palabra en palabra. No hay gran diferencia en lo que encontramos en los demás poemas aquí traídos. Hay ese amor al hombre, al que el poeta, hablándose, habla. *Consuelo en la playa* es un poema buenísimo, en el que la ternura se muestra sin tapujos:

*Vamos, no llores...
La niñez está perdida.
La juventud está perdida.
Pero la vida no se perdió.
... ..
No tienes casa, navío, tierra.
Pero miras el mar.
... ..
Estás desnudo en la arena, en el viento...
Duerme, hijo mío.*

Pero, sobre todo, hay algo: la hermandad entre copartícipes de una vida que cada uno, desde su final—su disolución—, va legando a los que vendrán después:

*... pero que esa luz basta, la vida es bastante; que el tiempo
es buena medida, hermanos, vivamos el tiempo.
... ..
¡Adiós presencia mía, mi mirar y mis arterias,
mis huecos en la almohada...
adiós, vida legada a otros!*

Podríamos decir que lo más importante del pensamiento de Drummond de Andrade está contenido en este poema: *Los últimos días*. Su visión del mundo, de ese mundo anegado en tintas indelebles, está en el que sigue: *Visión 944*. En suma, un poeta cuya presentación en esta Antología nos deja insatisfechos, por más que se le haya concedido un espacio adecuado.

La misma sensación experimentamos luego de leer la *Elegía* de Cecilia Meireles. Rebosante de emoción dentro de unas líneas tan sencillas, que hacen destacar aún más esta calidad sobrecogedoramente emotiva:

*Me incliné sobre tu rostro, absoluta, como un espejo.
Y tristemente te buscaba.
Pero también fué inútil, como todo lo demás.
... ..
Todo en ti era ausencia que se demoraba:
una despedida dispuesta a cumplirse.*

Y ese estupendo final al que nos lleva como de la mano, luego de haberla seguido en su monologante discurrir por entre la vida y el recuerdo, para decir:

*No tienes voz, ni movimiento, ni cuerpo.
Y yo te reconozco.
¡Ah, pero a mí, a mí,
quién sabe si me podrás reconocer!*

Augusto Federico Schmidt dejó oír nuevamente una voz discordante: clama contra lo pintoresco, que se había querido buscar en una poesía ceñidamente nacional, a veces de sinceridad discutible. Así, se entrega a una poesía intimista, sin paisaje exterior dotado de valor propio, sino sólo circunstancial en relación con un suceso de la vida interior del poeta. Poesía hecha desde el momento transitorio que es la vida—el presente—, enfocada hacia un antes, cuyo pensamiento llena de pesadumbre (“Tristeza desconocida”):

*Es que no es mía esta tristeza.
... ..
mi alma recibió esta tristeza que no es mía,
Hegada acaso como mensaje enviado desde lejos a un muerto reciente,
mensaje que andaba perdido buscando un corazón cualquiera descuidado
[en aquel instante.*

Sólo el vislumbre profético de un momento por venir, afortunadamente próximo, el momento de la Poesía, en el que comprenderemos todo el misterio inabarcable de la Resurrección. Papel revelador de la poesía trascendental. He aquí lo que preocupa a Carlos Federico Schmidt. Una profunda religiosidad que, juntamente con su esencialidad poética, le arrancará palabras de vidente, en un balbuceante decir de alucinado.

No podemos pasar de largo sobre la figura interesantísima de Vicinius de Moraes, poeta de perfil personalísimo, que ha contribuido en no poco a la brillante etapa por la que pasa actualmente la literatura brasileña.

Se cierra la Antología con unos poemas de João Cabral de Melo y de Ledo Ivo, representantes ambos muy destacados de la joven poesía del Brasil.

JOSÉ ANGEL VALENTE.